

Miseria y violencia en *El Coronel no tiene quien le escriba*

Gloria Escobar Soriano*

Resumen.- El trabajo describe la marginación y la pobreza de un sector de la sociedad colombiana en *El Coronel no tiene quien le escriba*, la célebre novela de Gabriel García Márquez. Mientras el Coronel espera la llegada de la carta, su hijo Agustín, ha muerto por sus actividades revolucionarias. El y su mujer enferma viven en una casa hipotecada y comen de las migajas que le sobran al gallo. El grado de injusticia y violencia política que se respira en el ambiente aumentan la crisis económica del Coronel y generan en él una resistencia pasiva que recobra cuando se niega a vender el gallo y decide esperar la fecha de la pelea.

Introducción

La marginación y la pobreza de la sociedad latinoamericana son casi palpables en *El Coronel no tiene quien le escriba*, novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez escrita en 1957 y publicada en 1961. Son producto de una violenta estructura socioeconómica impuesta desde afuera con el apoyo de las hegemonías criollas. Al respecto dice Galeano (1993:3): "la historia del subdesarrollo de América Latina integra, como se ha dicho, la historia del desarrollo capitalista mundial. Nuestra derrota estuvo siempre implícita en la violencia ajena, nuestra riqueza ha generado siempre nuestra pobreza para alimentar la prosperidad de otros". Es una estructura violenta que genera la justa violencia de los oprimidos. El Coronel así lo atestigua. Conmueve en su situación la inestabilidad del sistema social, representativo de la inestabilidad de todo el subcontinente latinoamericano -revoluciones, traiciones, muertes- para que al final los de siempre, los que han puesto los muertos y el sufrimiento, se mantengan en la miseria y la opresión, mientras unos cuantos privilegiados usurpan un poder que no les corresponde.

En Colombia la violencia institucionalizada ha sido parte patente en la hegemonía de las multinacionales. Así asevera Galeano (*Ibid.*:174), "la United Fruit se había hecho dueña del mayor latifundio del país cuando estalló, en 1928, una gran huelga en la costa atlántica. Los obreros bananeros fueron aniquilados a balazos, frente a una estación del ferrocarril". Y esa violencia parecía multiplicarse en diversas formas: "En Colombia la rabia estallaba de cualquier manera, pero no es casual que de aquella década de violencia (1948-1957) nacieran las posteriores guerrillas políticas que, levantando las banderas de la revolución social, llegaron a ocupar y controlar extensas zonas del país" (*Ibid.*:166). La estructura socioeconómica del pueblo, el funcionamiento violento de la misma estructura, la situación del Coronel, y las alternativas de cambio de la sociedad son temas íntimamente relacionados que sirven de base al autor para desarrollar la novela.

Las clases sociales

El pueblo anónimo que nos presenta *El Coronel no tiene quien le escriba* es un embarcadero rutinario, a donde llegan las lanchas al parecer en caravanas todos

* Departamento de Arte y Cultura -UCA.

los viernes, procedentes no se sabe de dónde, pero es un lugar que dista de "ocho horas": "Los viajeros descendieron estragados después de ocho horas sin cambiar de posición. Los mismos de siempre: vendedores ambulantes y la gente del pueblo que había viajado la semana anterior y regresaba a la rutina" (García Márquez, 1981:22). Podemos darnos cuenta que un sector de este pueblo está dedicado al comercio, conformando una sociedad de tipo burgués, aunque arrastre algunos rasgos de la sociedad semifeudal. Dentro de esta sociedad encontramos la clase media representada por los comerciantes, sirios o turcos, dueños de las tiendas. Tienen éstos mucho tiempo de vivir en el pueblo, casi están olvidando su idioma nativo, ocasionando que el sirio Moisés hablara a su mujer "en una mezcolanza de árabe y español" (García Márquez, 1981:68). La gente se refiere a ellos en tono de confianza. La mujer del Coronel, que ha estado tratando de vender el cuadro, dice: "Estuve hasta donde los turcos" (*Ibid.*:55). Aparte de los sirios o los turcos, aparece un "alemán relojero" (*Ibid.*:45). Dentro de esta misma clase están los profesionales, representados por el médico y el abogado negro. El médico es un hombre respetable, ocupa la posición más elevada de ese sector medio. Es la única persona que al parecer recibe correspondencia. Sirve de contacto clandestino entre el resto del país y el pueblo: "El médico entregó al coronel tres pliegos dentro de un sobre", nos dice el narrador, y prosigue: "Eran revelaciones sobre el estado de la resistencia armada en el interior del país" (*Ibid.*:27). También pertenecen a este sector los aprendices de sastrería.

Encima y debajo de la clase media aparecen el rico y los peones. No intervienen éstos últimos en la obra, pero sabemos que trabajan para el rico, don

Sabas. Según la esposa del Coronel, don Sabas llegó al pueblo "vendiendo medicinas con una culebra enrollada en el pescuezo" (*Ibid.*:9). Las relaciones entre éste y los peones son a través del capataz, que le sirve de intermediario. Este recibe dinero de don Sabas para pagar a los trabajadores: "Abrió la caja de caudales y entregó a su capataz un rollo de billetes junto con una serie de instrucciones" (*Ibid.*:58). El rico ocupa el vértice de la pirámide social. Está allí por traición y ambición al dinero. Según la versión del médico, "don Sabas hizo pactos con el alcalde. Y por eso pudo comprar a mitad de precios los bienes de sus propios copartidarios que el alcalde expulsaba del pueblo" (*Ibid.*:64). Don Sabas al parecer es dueño de una finca. No se sabe qué cultiva, pero un dato fugaz, el cruce del río de "una barcaza de caña de azúcar", (*Ibid.*:63), puede ser un indicio de lo que producen sus tierras. Don Sabas no parece despertar afecto en el pueblo. El médico piensa que es un "animal que se alimenta de carne humana" (*Ibid.*:64).

También tenemos una información acerca de don Sabas, como uno de los que traicionaron la lucha, y por eso tiene la actual posición, mientras el Coronel vive en una miseria: "Fueron muertos o expulsados del pueblo, y él quedó convertido en un hombre sólo sin otra ocupación que esperar el correo del viernes" (*Ibid.*:28). Luego, a la muerte de su hijo por asuntos políticos, heredó un gallo de pelea que aumentó su determinación de esperar en medio de una miseria atroz y una vejez enferma: "Tuvo la certeza de que ese argumento justificaba su determinación de conservar el gallo, herencia del hijo acribillado nueve meses antes en la gallera, por distribuir información clandestina" (*Ibid.*:21). Podemos observar algunos matices políticos como una de las causas del abandono del Coronel.

decisivo, el Coronel y su esposa, casi muertos de hambre tal como están, deberían pertenecer al último estrato de la pirámide; hubieran de estar por debajo de esa clase media cuyos representantes gozan todos de una situación económica muy superior a la de ellos. Sin embargo, el autor engrandece la figura del Coronel y lo coloca como personaje principal de la novela, no por razones económicas, sino por los méritos alcanzados a lo largo de sus años de lucha. El Coronel, pese a su pobreza, es tratado con respeto y aceptado por todo el pueblo por su nombre, por su pasado, por su grado. Fue coronel a los 20 años en la guerra civil. Sirvió de tesorero en la revolución de Macondo. Asistió a la aparición del duque Marlborough, vestido de tigre, en el campamento del Coronel Buendía. Llegó a Neerlandia poco antes del tratado, después de un viaje difícil, para entregar los "fondos de la revolución", y el Coronel Aureliano Buendía le expidió un recibo para el reconocimiento de servicio. Joaquín Marco (1994:64) al referirse a la relación del Coronel con los otros personajes de la novela afirma: "Los valores que rigen la relación entre el Coronel y los otros personajes en la novela no responden a razones económicas. El Coronel pese al hambre, posee una dignidad histórica que le otorga un pasado". Don Sabas, su compadre, lo trata con deferencia y amistad: "Hágase ver por el médico, compadre- le dijo compasivamente don Sabas -. "Usted está un poco fúnebre desde el día del entierro" (*Ibid.*:48).

El contexto de violencia

El pueblo también vive en un clima de violencia y opresión, de resistencia clandestina y de acciones armadas en el campo, tema que no aparece abordado directamente, pero se insinúa en la narración a través de informaciones dispersas. La lluvia y el calor del mes de

octubre en que se inicia la obra contribuyen a crear este ambiente violento. "Es octubre", dice el Coronel. "Una mañana difícil de sortear, aun para un hombre como el que había sobrevivido a tantas mañanas como ésta" (*Ibid.*:13). El narrador sigue insinuando informaciones sobre la violencia cuando informa que "la mujer del Coronel ganó su paraguas en ruinas en una tómbola política" (*Ibid.*:20), y luego la mujer de don Sabas insiste que el paraguas es un símbolo de mal agüero. Más adelante sabemos que el hombre a quien el Coronel va a velar "es el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años" (*Ibid.*:17). En el cortejo fúnebre con el alcalde, brota una frase lacónica y reveladora: "Siempre se me olvida que estamos en estado de sitio" (*Ibid.*:19), dice don Sabas. La gente se ha familiarizado con esta situación, ya que a las once de la noche el pueblo entra en una total calma: "A las once sonó el clarín del toque de queda" (*Ibid.*:24). También existe una censura de prensa logrando que las noticias nacionales sean mínimas: "Desde que hay censura, los periódicos no hablan sino de Europa", (*Ibid.*:33), dice el Coronel.

La impotencia del Coronel

El rasgo que más deslumbra al lector es quizás la violencia implícita en la impotente espera del Coronel. De entrada se nos informa que desde la última guerra civil en la que participó en el bando revolucionario del Coronel Buendía, como tesorero de la revolución, lo único que había hecho era esperar. Todos los viernes aguardaba religiosamente que en la bolsa de correo hubiese una carta sobre su pensión de veterano militar: "Durante cincuenta y seis años desde cuando terminó la última guerra civil el coronel no había hecho nada distinto de esperar" (*Ibid.*:13).

La burocracia es otra forma de violencia

que enfrenta el Coronel. Cardoso y Faletto (1969:85), en *Dependencia y desarrollo en América Latina*, nos describen el mecanismo de la burocracia como forma de dominación: "El estado expresará una forma de poder basada en la burocracia que impone una dominación más compleja, a través del cual se realizan los ajustes de los intereses de los grupos oligárquicos y de los grupos burgueses". El Coronel ha sido víctima de esta burocracia. "Diecinueve años antes, cuando el congreso promulgó la ley, se inició un proceso de justificación que duró ocho años. Luego necesitó seis años más para hacerse incluir en el escalafón" (*Ibid.*:34). El abogado responsable de mantener el orden contribuye a que la situación sea más desesperante. Los documentos que el Coronel introdujo para reclamar su pensión, el abogado los da por perdidos, aludiendo al potencial destructivo de la burocracia: "Son documentos de un valor incalculable - dijo el coronel -. Hay un recibo escrito de su puño y letra del coronel Aureliano Buendía. - De acuerdo- dijo el abogado-. Pero esos documentos han pasado por miles de manos en miles de oficinas hasta llegar a quien sabe qué departamento del ministro de guerra. Unos documentos de esa índole no pueden pasar inadvertidos para ningún funcionario- dijo el Coronel. Pero en los últimos quince años han cambiado muchas veces los funcionarios- precisó el abogado. Piense usted que han habido siete presidentes y que cada presidente cambió por lo menos diez veces su gabinete y que cada ministro cambió. Además si esos papeles salen ahora del ministerio tendrán que someterse a un nuevo tueno para el escalafón.- Será cuestión de siglos. No importa. El que espera lo mucho espera lo poco". (*Ibid.*:39).

La atmósfera deprimente que se respira en la casa del Coronel es consecuencia

de la institucionalización de la violencia política que ha generado miseria y hambre en su dueño. Dorfman (1968:33), en *La violencia en la novela hispanoamericana actual*, pone en evidencia cómo la violencia transforma al hombre: "La violencia que mata a los hombres termina por convertirlos en ausentes en vida, en fantasmas de sí mismos". Hay muchas informaciones que atestiguan la miseria del Coronel: "prepara café raspando un tarro de modo que la bebida resulta una infusión de café con óxido de lata (...). Busca ropa blanca para acudir al sepelio del músico y no está planchada. Saca el paraguas y no sirve. No tiene espejo y se afeita al tacto. El cuello de la camisa está roto y sale sin corbata. Intenta peinarse y no puede doblegar sus duros cabellos" (*Ibid.*:16). Además la casa está hipotecada, con peligro de perderla, vive de créditos; para comer tiene que ir vendiendo sus cosas, primero una máquina de coser, luego será el reloj o un cuadro que guarda. Llega a alimentarse con el maíz que le regalán los amigos para el gallo. Se avergüenza que la vecindad sepa de su situación y por eso ellos deben simular que comen. La esposa del Coronel dice: "Varias veces he puesto a hervir piedras para que los vecinos no sepan que tenemos muchos días de no poner la olla", (*Ibid.*:55).

El sistema ha degradado económicamente al Coronel, y también ha generado en él un cúmulo de violencia interna, la cual mantiene latente a lo largo de los quince años de espera. El jamás renunció a asistir todos los viernes al correo en espera de recibir la carta en la que se le notificaría la pensión de veterano de guerra; ni aceptó la venta del gallo de pelea de su hijo, Agustín. Siempre mantenía viva la esperanza en la carta, y la fe en la pelea que ganaría el gallo. Es a través de la resistencia pasiva que el Coronel cambia de actitud. Dorfman (1968:27 y 28) confirma este cambio al

referirse a las posibilidades renovadoras de la violencia: "el hombre está inmerso en una situación que él no controla, pero que su violencia, al encarcelarlo, también apunta hacia la forma de solucionar sus problemas". Y agrega: "La violencia no es sólo lo que enajena y engeguece; es también el modo que tiene el hombre controlado para hallar alguna dignidad, algún residuo de humanidad y resolución en su propia voluntad. La agresión es el instrumento de una semisalida: no una que cambie toda la estructura de la realidad, pero una que admire en el hombre la fiereza, la desatada barbarie de su voluntad insojuzgable".

La esperanza

El Coronel, al escuchar la ovación en la gallera, recobra su vitalidad y reacciona violentamente interrumpiendo la pelea. Toma el gallo en sus brazos y se dirige a la casa, la gente se sale a las calles sorprendida de lo que sucede. El Coronel llega a casa y le dice su esposa: "Se lo llevaron a la fuerza.- Dijeron que se lo llevarían por encima de nuestros cadáveres.- Dijeron que el gallo no era nuestro sino de todo el pueblo" (*Ibid.*:71). Fue a partir de este hecho que el Coronel se decide a no vender el gallo y esperar qué cosas pueden suceder de aquí al 20 de enero, fecha para la pelea,

aún cuando tuvieran que comer mierda (*Ibid.*:77). Joaquín Marco (1994:60) opina que esta "última palabra que cierra el relato responde a una transgresión de lenguaje que hace aflorar a la superficie la rebeldía contenida a lo largo de toda su existencia".

En conclusión, la miseria y violencia del Coronel, protagonista de la obra, fue producto de un sistema político, económico y social injusto. Fue abandonado y traicionado; el Estado no le pagó la pensión de veterano de guerra. Todos los elementos incorporados en la obra no tienen otra pretensión que hacer más dramática su situación. La acción comienza en octubre, mes de lluvia y de calor sofocante. Está solo porque perdió a su único hijo por distribuir información clandestina; el pueblo vive en estado de sitio; existe censura de prensa y una burocracia institucionalizada; él y su esposa están enfermos y ancianos y se consumen cada día en una profunda crisis económica. Esta violencia cotidiana degrada su condición humana, pero al mismo tiempo lo llena de valor; reacciona y cambia de actitud; él se niega a vender el gallo y decide esperar la fecha de la pelea. Esta valiente decisión del Coronel coincide con el mes de diciembre, mes de esperanza y final de la acción de la novela.

Bibliografía

- DORFMAN, A. (1968). "La violencia en la novela hispanoamericana actual", en *Imaginación y violencia en América*. Chile, (S.E.).
- CARDOSO, F.H. y FALETTO, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Chile. (S.E.)
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1981). *El Coronel no tiene quien le escriba y otros relatos*. Cuba. Arte y Literatura (Ediciones Huracán).
- GALEANO, E. (1983). *Las venas abiertas de América Latina*. México. Siglo XXI.
- MONTEMAYOR, C. (1985). *El oficio literario*. México. Fondo de Cultura Económica.
- MARCO, J. (1994). "El coronel no tiene quien le escriba a la luz de Gabriel García Márquez", en *A propósito de Gabriel García Márquez y su obra*. Colombia. Norma.
- VARGAS LLOSA, M. (1971). *García Márquez, historia de un deicidio*. Barcelona. Barral Editores.